



Sonia Villegas López



SONIA VILLEGAS LÓPEZ,
*El sexo olvidado:
introducción a la
teología feminista*, Alfar,
Sevilla, 2005, 116 pp.
ISBN 978-84-78980413.

No es fácil encontrar un título que incluya tantas palabras vinculadas al universo de los Estudios Culturales como el de este libro: sexo, olvido, teología y feminismo se unen aquí para presentarnos un estudio realmente útil como introducción a un mundo desconocido para muchos lectores. Sonia Villegas — profesora de Filología Inglesa en la Universidad de Huelva y partícipe del Grupo de Investigación en Teoría y Estudios Culturales de dicha universidad—, presenta a lo largo de estas páginas a un grupo de autoras que se han atrevido a pensar en profundidad, dicho en términos generales, sobre la relación existente entre la religión y las mujeres. Elisabeth Schüssler Fiorenza, Rosemary R. Ruether, Phyllis Tribble, Mary Daly, Daphne Hampson y Carol P. Christ, son algunos de sus nombres. Es necesario precisar que en los trabajos de estas pensadoras la religión a la que se hace referencia es, casi exclusivamente, la religión cristiana y, en la mayoría de los casos, en alguna de sus confesiones protestantes.

Una de las primeras observaciones que nos ofrece Villegas es la constatación de la diferencia existente dentro de este grupo de autoras que, a primera vista, podría parecer homogéneo en su condición de teólogas feministas. Ciertamente, todas han recibido la influencia de las pioneras del feminismo como Elisabeth Cady Stanton —con su *La Biblia de la mujer*, publicada en 1895— y de otras autoras fundamentales de esta corriente como Simone de Beauvoir, Luce Irigaray o Julia Kristeva, y todas estudian el binomio religión-mujer. Sin embargo, a pesar de que todas pueden ser identificadas como pertenecientes a una misma corriente o disciplina, entre ellas pueden establecerse dos grupos bien diferenciados que Villegas toma de Carol P. Christ: las reformistas —Schüssler Fiorenza, Ruether y Tribble entre otras—, caracterizadas por mantenerse dentro del marco de su religión de origen —aunque realizando un planteamiento de renovación de ésta— y las revolucionarias o “post-cristianas” —Daly, Hampson y Christ entre otras—, que habrían decidido primar su condición feminista antes que su participación en una estructura religiosa que no ven capaz de transformarse hasta el punto de abandonar su patriarcalismo de origen.

Esta diferencia muestra una evolución intelectual divergente desde puntos de partida personales muy similares en algunos casos, y es expresión de la tensión existente entre los dos términos que dan nombre a la teología feminista. En este sentido, uno de los aspectos más interesantes de este libro de Sonia Villegas es la reflexión, que surge ya al poco de iniciar su lectura, sobre a qué teología se refiere el adjetivo feminista. O dicho de otra forma, ¿qué entienden estas autoras por teología?



Si para responder esta pregunta observamos el resultado de su trabajo, podremos concluir que la teología que desarrollan tiene dos aspectos fundamentales. El primero, el desarrollo de una nueva hermenéutica bíblica, que se extiende a una revisión generalizada de los textos fundacionales de nuestra sociedad. El segundo, un ejercicio de análisis de la situación social de las mujeres en el seno de las religiones y de propuesta de nuevas alternativas basadas en la noción de comunidad. Ambos aspectos tienen mucho más de tarea crítica que de labor propositiva, de interrogación y cuestionamiento que de afirmación. Este es un planteamiento que tiene también una dimensión epistemológica. Así, habrá lectores que defiendan una teología, entendida al modo clásico, como la ciencia que lleva al conocimiento de Dios —para ellos la lectura de *El sexo olvidado*, puede parecer poco afín al tema—; y otros lectores que, recordando a Foucault y tantos otros, entiendan que la teología es, más bien, el discurso producido por un grupo social de intelectuales situados en una coyuntura concreta —en este caso el texto será más acorde a sus expectativas—. Es en esta segunda posición en la que se sitúan la mayor parte de las autoras citadas, lo que las acerca a posiciones de otras nuevas corrientes en teología como la teología de la liberación, con la que comparten “un punto de partida fundamental de corte marxista”. Así, visto en conjunto, el esfuerzo de estas teólogas feministas —y la presentación de su trabajo que supone esta obra— va más encaminado a un proceso de cambio que de conocimiento teórico —aunque éste segundo se vea necesario para el primero—, y se considera como uno de sus mayores méritos el haber “desplazado de la posición de autoridad a una serie de conceptos y dogmas que impedían una transformación del status quo de las mujeres en la religión, y que repercutía de forma crucial en los restantes aspectos de su vida diaria”.

Pero que la teología feminista sea una reflexión sobre la realidad que esté encaminada principalmente a su transformación, sobre todo en la línea de un proceso de emancipación, liberación o *empowerment* de las mujeres, no resuelve la dificultad de describir cuáles son los puntos comunes sobre los que se construye como disciplina académica, es decir, como esfuerzo de comprensión de la realidad que puede producir resultados válidos para todos y que puede ser, por tanto, enseñado. En este sentido las diferencias entre unas teólogas y otras, al menos en lo que puede observarse a lo largo de *El sexo olvidado*, hace pensar en una difícil articulación de un cuerpo común de conocimientos y metodologías. Por ejemplo, uno de los aspectos conceptuales más interesantes que aparecen en el libro es la opción de algunas de estas autoras por trabajar sobre el término “teología”, como es el caso de Carol P. Christ. Con él pretende expresar la superación del cristianismo y la recuperación de la reflexión sobre los cultos asociados a “la Gran Diosa, situados en el Paleolítico superior, hace unos 30.000 años”, cuya figura se ha apropiado el cristianismo para dar lugar a la devoción a la Virgen María. Si entendemos que la teología puede ser cristiana, hindú o islámica, pero que tiene una coherencia interna en la medida en que se desarrolla dentro de los parámetros de cada una de estas religiones, ¿en función de qué parámetros se mediría la coherencia de la teología feminista? ¿Todas sus estudiosas suscribirían esta noción de teología, aunque fuera como un concepto secundario dentro de la disciplina?

No es algo para lo que tenga una respuesta sencilla, y la lectura de *El sexo olvidado* creo que tampoco resolverá la pregunta aunque, eso sí, tiene la enorme virtud de ayudar a plantearla, entre otras cosas, mostrando cómo, mientras algunas teólogas feministas abogan por la incorporación de la mujer al ministerio pastoral de las Iglesias cristianas, otras afirman que el cristianismo es esencialmente patriarcal (*kyriarcal*) y es necesario abandonarlo



y generar nuevos espacios religiosos para las mujeres. La posición de Villegas puede intuirse cuando afirma que “aunque un término medio entre reformismo y revolución parece deseable, es necesario conceder a las teólogas radicales como Daly el entusiasmo por la creación de comunidades, y el interés por fomentar cultos de lo femenino dirigido a colectivos... que acrecientan también el sentido de comunidad”.

Sólo queda, llegados a este punto, invitar al lector a recorrer con Sonia Villegas el origen y desarrollo de esta nueva disciplina que, a pesar de su notable implantación en otras latitudes, por el momento sólo cuenta con una presencia aún incipiente en nuestro país, siendo cultivada por algunas autoras —como Mercedes Navarro o Pilar de Miguel— que participan y estimulan el trabajo de grupos como la asociación EFETA de Sevilla.

Juan Diego González Sanz